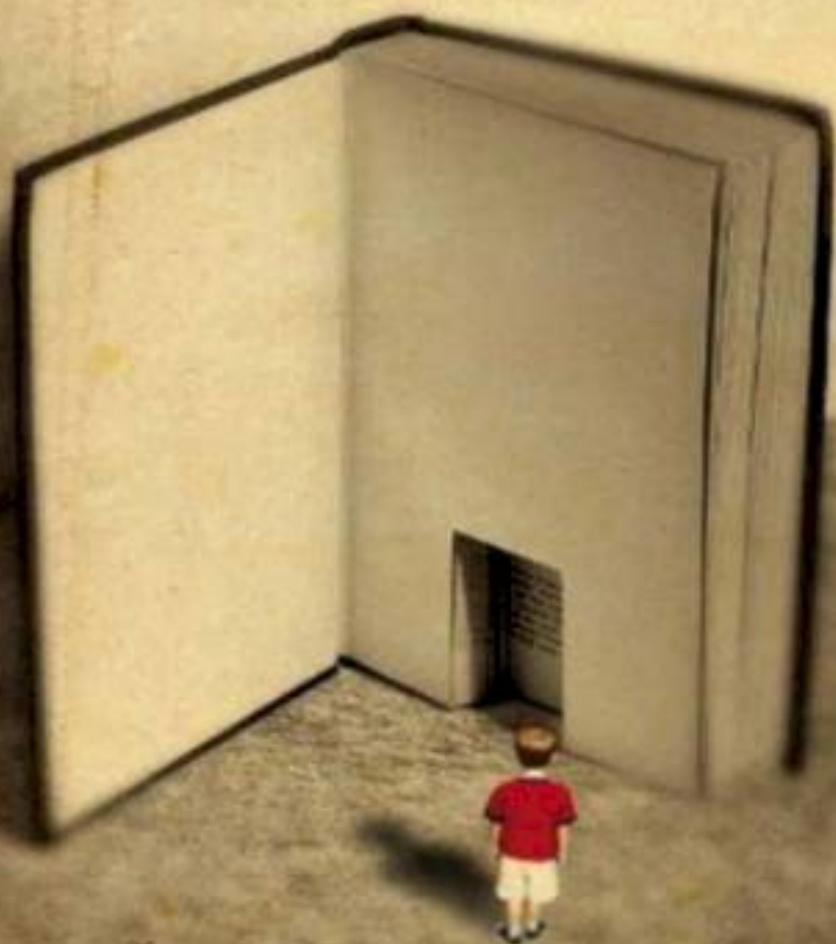


DANIEL PENNAC

Diario de un cuerpo



«No tendré más miedo, no tendré más miedo, no tendré más miedo». Estas son las primeras palabras que repite el protagonista de esta original novela. En un principio, parece que no es más que un niño de doce años que escribe un diario porque tiene miedo a su madre, a los espejos, a las hormigas... pero su temor más grande es que muera Violette, la mujer que lo ha cuidado desde que murió su padre. Desgraciadamente, a Violette no le queda mucho tiempo y él se quedará solo con una madre que nunca lo ha querido. Hasta aquí no parece que el suyo sea diferente a cualquier otro diario. Sin embargo, sus intenciones van mucho más allá de la mera recopilación de estados psíquicos: quiere escribir acerca de su cuerpo y de todos aquellos descubrimientos que experimenta a través de este. Nada escapa a su curiosidad. Por eso, no hay pudor en él sino descubrimiento y naturalidad. No hay prejuicios sino la firme voluntad de hablar del despertar físico y de las nuevas sensaciones que le permiten cambiar su manera de relacionarse con el mundo. Con la precisión de un entomólogo, Daniel Pennac recoge el fascinante camino de una vida vivida a través del cuerpo. Consigue restablecer el papel principal de nuestro cuerpo e indagar en los misterios de nuestra relación con este. Como dice el protagonista al final del libro, con 86 años y después de muchas anotaciones, «al fin y al cabo somos ese niño que llevamos dentro. Un niño confundido».

ADVERTENCIA

Mi amiga Lison —mi vieja, querida, insustituible y muy exasperante amiga Lison— domina el arte de los regalos molestos, esa escultura inconclusa que ocupa los dos tercios de mi habitación, por ejemplo, o las telas que deja secar durante meses en mi pasillo y mi comedor con el pretexto de que su taller se le ha quedado demasiado pequeño. Tienen en las manos el último de sus regalos. Se plantó en mi casa cierta mañana, lo apartó todo de la mesa donde yo esperaba tomar mi desayuno y dejó caer allí un montón de cuadernos legados por su padre, recientemente fallecido. Sus ojos enrojecidos indicaban que se había pasado la noche leyéndolos. Algo que yo mismo hice la siguiente noche. Taciturno, irónico, tieso como una escoba, aureolado por una reputación internacional de viejo sabio de la que no hacía caso alguno, el padre de Lison, con el que me crucé cinco o seis veces en mi vida, me intimidaba. Si hay algo que yo no podía en absoluto imaginar de él es que hubiera pasado toda su vida escribiendo esas páginas. Por completo pasmado, solicité la opinión de mi amigo Postel, que había sido durante mucho tiempo su médico (como fue el de la familia Malaussène). La respuesta fue instantánea: ¡Publicación! Sin vacilar. ¡Manda eso a tu editor y publicadlo! Había un busilis. Pedir a un editor que publique el manuscrito de una personalidad bastante conocida que exige mantener el anonimato no es cosa fácil. ¿Debo sentir algún remordimiento por haberle arrancado semejante favor a un

honesto y respetable trabajador del libro? Ustedes mismos lo decidirán.

D. P.

3 de agosto de 2010

Carta a Lison

Querida Lison:

Has regresado ya de mi entierro, has vuelto a tu casa, algo tristona, por fuerza, pero París te espera, tus amigos, tu taller, algunas telas que se están cocinando, tus numerosos proyectos, entre ellos el decorado para la Opéra, tus furros políticos, el porvenir de las gemelas, la vida, tu vida. Sorpresa: cuando has llegado, una carta del notario R. te anuncia en términos del todo jurídicos que tiene en su poder un paquete de tu padre que te está destinado. ¡Caramba, un regalo post mortem de papá! Acudes corriendo, claro está. Y el notario te hace un extraño presente: ¡nada menos que mi cuerpo! No, no mi cuerpo en carne y hueso, sino el diario que he llevado a hurtadillas durante toda mi vida. (Solo tu madre lo sabía, estos últimos tiempos). Sorpresa, pues. ¡Mi padre escribía un diario! Pero ¿qué te ha dado, papá, un diario tuyo, tan distinguido, tan inalcanzable? ¡Y durante toda tu vida! No un diario íntimo, hija mía, ya conoces mis prevenciones contra la recensión de nuestros fluctuantes estados de ánimo. Tampoco encontrarás en él nada sobre mi vida profesional, mis opiniones, mis conferencias o eso que Étienne llamaba pomposamente mis «combates», nada sobre el padre social y nada sobre cómo va el mundo. No, Lison, solo el diario de mi cuerpo, de veras. Te sorprenderá tanto más cuanto yo no era un padre muy «físico». No creo que mis hijos ni mis nietos me hayan visto nunca desnudo, muy pocas veces en traje de baño, y jamás me sorprendieron sacando bíceps ante un espejo.

Tampoco pienso, ay, haber sido pródigo en mimos. Por lo que se refiere a hablaros de mis pupas, a Bruno y a ti, antes la muerte (algo que, por lo demás, ha sucedido, pero una vez bien apurada mi cuenta). El cuerpo no era un tema de conversación entre nosotros, y os dejé, a Bruno y a ti, que os las arreglarais solos con la evolución del vuestro. No veas en ello el efecto de una indiferencia o un pudor especiales; nacido en 1923, yo era ni más ni menos que un burgués de mi tiempo, de los que todavía utilizan el punto y coma y nunca van a desayunar en pijama, sino duchados, recién afeitados y debidamente encorsetados en su traje de diario. El cuerpo es un invento de vuestra generación, Lison. Al menos por lo que se refiere al uso que de él se hace y al espectáculo que de él se ofrece. Pero en cuanto a las relaciones que nuestro espíritu mantiene con él, como caja de sorpresas y bomba de deyecciones, el silencio es hoy tan denso como lo era en mi tiempo. Si lo miráramos de cerca advertiríamos que no hay gente más púdica que los actores porno más desbraguetados o los artistas del body art más mondos y lirondos. Por lo que se refiere a los médicos (¿cuándo fue la última vez que te auscultaron?), los de hoy, el cuerpo simplemente ni lo tocan. A ellos solo les interesa el rompecabezas celular, el cuerpo radiografiado, ecografiado, escaneado, analizado, el cuerpo biológico, genético, molecular, la fábrica de anticuerpos. ¿Quieres que te diga una cosa? Cuanto más se analiza ese cuerpo moderno, cuanto más se lo exhibe, menos existe. Anulado en proporción inversa a su exposición. Yo hice la crónica cotidiana de otro cuerpo; nuestro compañero de viaje, nuestra máquina de ser. Pero cotidiana, es demasiado decir; no esperes leer un diario exhaustivo, no se trata de una recensión día tras día sino, más bien, sorpresa a sorpresa — nuestro cuerpo no es avaro en ellas— desde mi duodécimo hasta mi octogésimo octavo y último año, y salpicada por largos silencios, ya verás, en esas playas de la vida donde nuestro cuerpo permite que lo olvidemos. Pero cada vez

que mi cuerpo se manifestó ante mi espíritu, me encontró con la pluma en la mano, atento a la sorpresa del día. He descrito esas manifestaciones lo más escrupulosamente posible, con los medios de a bordo, sin pretensión científica. Hija mía, mi amor, esta es mi herencia: no se trata de un rasgo psicológico sino de mi jardín secreto, que desde muchos puntos de vista es nuestro territorio más común. Te lo confío. ¿Por qué precisamente a ti? Porque te he adorado. Basta ya con no habértelo dicho mientras yo vivía; concédeme este placer póstumo. Si Grégoire hubiera vivido, sin duda habría yo legado este diario a Grégoire, habría interesado al médico que era y divertido al nieto. ¡Dios, cómo quise a ese chiquillo! Grégoire, muerto tan joven, y tú, abuela hoy, constituís mi hatillo de segura felicidad, mi viático para el gran viaje. Bien. Se acabaron las efusiones. Haz con estos cuadernos lo que te parezca; a la basura si consideras intempestivo este regalo de un padre a su hija, distribución familiar si te apetece, publicación si lo estimas necesario. En este último caso, procura que el autor permanezca en el anonimato —tanto más cuanto podría ser cualquiera—, cambia los nombres de la gente y los lugares: nunca se sabe dónde anidan las susceptibilidades. No busques una publicación exhaustiva, no lo lograrías. Por lo demás, cierto número de cuadernos se perdieron con el transcurso de los años y muchos otros son puramente repetitivos. Sáltatelos; pienso, por ejemplo, en los de mi infancia, cuando contabilizaba el número de mis flexiones y mis abdominales, o los de mi juventud, donde acumulaba la lista de las aventuras amorosas como un contable de mi sexualidad. En fin, haz con todo eso lo que quieras, como quieras, y estará bien hecho.

Te he querido.

Papá

1. EL PRIMER DÍA (septiembre de 1936)

Mamá era la única a la que yo no había llamado.

64 años, 2 meses, 18 días

Lunes, 28 de diciembre de 1987

Una estúpida broma que Grégoire y su compañero Philippe han hecho a la pequeña Fanny me ha recordado la escena original de este diario, el trauma que lo hizo nacer.

Mona, a la que le gusta hacer sitio, mandó montar una hoguera de trastos viejos, la mayoría de los cuales databan de la época de Manès: sillas cojas, somieres enmohecidos, una carretilla carcomida, neumáticos fuera de uso, es decir, un auto de fe gigantesco y pestilente. ¡Algo que, a fin de cuentas, es menos siniestro que un mercadillo! Encargó de ello a los muchachos, que decidieron representar el proceso de Juana de Arco. Fui arrancado de mi trabajo por los aullidos de la pequeña Fanny, reclutada para hacer el papel de la santa. Durante todo el día, Grégoire y Philippe le habían alabado el mérito de Juana, de la que Fanny, a sus seis años, nunca había oído hablar. Utilizaron como señuelo las ventajas del paraíso, y ella palmeaba saltando de júbilo mientras el sacrificio se acercaba. Pero cuando vio la hoguera a la que se proponían arrojarla viva, corrió hacia mí aullando. (Mona, Lison y Marguerite habían salido). Sus manitas me agarraron con un terror de garras. ¡Abuelo! ¡Abuelo! Intenté consolarla con algunos «bueno, bueno», algunos «ya está», algunos «no pasa nada» (algo pasaba, y era in-

cluso bastante grave, pero yo no estaba al corriente de aquel proyecto de canonización). La tomé en mis rodillas y sentí que estaba húmeda. Más que eso, incluso: se lo había hecho en las bragas, se había ensuciado de terror. Su corazón palpitaba a un ritmo terrorífico, respiraba a minúsculas bocanadas. Sus mandíbulas estaban tan soldadas que temí una crisis de tetania. La metí en un baño caliente. Allí me contó, a retazos, entre dos restos de sollozos, el destino que esos dos brutos le habían reservado.

Y heme aquí devuelto a la creación de este diario. Septiembre de 1936. Tengo doce años, muy pronto trece. Soy *scout*. Antes, era lobato, cargando con uno de esos nombres de animales puestos de moda por *El libro de la selva*. Soy *scout*, pues, y es importante; ya no soy lobato, ya no soy pequeño, soy mayor, soy un mayor. Finalizan las vacaciones. Participo en un campamento *scout* en algún lugar de los Alpes. Estamos en guerra con otra patrulla que nos ha robado el banderín. Hay que ir a recuperarlo. La regla del juego es sencilla. Cada uno de nosotros lleva el pañuelo a la espalda, sujeto por el cinturón de los pantalones. Nuestros adversarios también. A este pañuelo lo llamamos una vida. No solo tenemos que regresar de la expedición con nuestro banderín, sino trayendo el mayor número de vidas posibles. También los llamamos cabelleras y nos las colgamos del cinturón. El que consigue mayor número es un temible guerrero, un «as de la caza», como esos aviadores de la Gran Guerra cuyas carlingas se adornaban con cruces alemanas en proporción con el número de aviones derribados. En fin, jugamos a la guerra. Como no soy muy fuerte, pierdo mi vida al comienzo de las hostilidades. He caído en una emboscada. Arrojado al suelo por dos enemigos, el tercero me arranca la vida. Me atan a un árbol para que no me sienta tentado, incluso muerto, de reanudar el combate. Y me abandonan allí. En pleno bosque. Atado a un pino cuya resina se me pega a las piernas y los brazos desnudos. Mis enemigos se esfuman. El frente se aleja, oi-

go esporádicamente gritos cada vez más tenues y, luego, nada. El gran silencio de los bosques cae sobre mi imaginación. Ese silencio de la espesura que rumorea de todos los modos posibles: chasquidos, roces, suspiros, risitas, el viento entre las copas... Me digo que los animales, ahuyentados por nuestros juegos, reaparecerán ahora. No hay lobos, claro, soy mayor, no creo ya en los lobos devoradores de hombres, no, lobos no, pero sí jabalíes, por ejemplo. ¿Qué le hace un jabalí a un muchacho atado a un árbol? Nada, sin duda, le deja en paz. Pero ¿y si es una hembra acompañada por sus jabatos? Sin embargo, no tengo miedo. Sencillamente me planteo ese tipo de preguntas que aparecen en una situación donde todo está por explorar. Cuantos más esfuerzos hago para liberarme, más se aprietan las ataduras y más se pega la resina a mi piel. ¿Va a endurecerse? Algo es seguro: no me libraré de las cuerdas, los scouts saben cómo hacer nudos que no puedan desatarse. Estoy bien solo, pero no me digo que nunca me encontrarán. Sé que es un bosque frecuentado, nosotros encontramos a menudo en él gente que recoge arándanos y frambuesas. Sé que una vez concluidas las hostilidades alguien vendrá a desatarme. Aunque mis adversarios me olviden, mi patrulla advertirá mi ausencia, avisarán a un adulto y seré liberado. Así que no tengo miedo. Me lo tomo con paciencia. Mi razonamiento domina sin dificultades todo lo que la situación propone a mi imaginación. Una hormiga trepa por mi zapato, luego por mi pierna desnuda y me hace un poco de cosquillas. Esta hormiga solitaria no hará irrazonable mi razón. En sí misma, me parece inofensiva. Aunque me pique, aunque se meta en mis pantalones y luego en mis calzoncillos, no es un drama, sabré soportar ese dolor. No es raro que te piquen las hormigas en el bosque, es un dolor conocido, dominable, es agudo y pasajero. Así es mi estado de ánimo, tranquilamente entomológico, hasta que mis ojos dan con el hormiguero propiamente dicho, a dos o tres metros de mi árbol, al pie de otro pino: un gigantesco túmulo

de agujas de pino que hormiguea de una vida negra y salvaje, un monstruoso hormigueo inmóvil. Cuando veo que la segunda hormiga trepa por mi sandalia pierdo el control de mi imaginación. No se trata de picaduras ahora, estas hormigas van a descubrirme, a devorarme vivo. Mi imaginación no me representa la cosa detalladamente, no me digo que las hormigas treparán a lo largo de mis piernas, que me devorarán los genitales y el ano o se introducirán en mí por mis órbitas, mis orejas, mis fosas nasales, que van a devorarme desde el interior andando por mis intestinos y mis concavidades, no me veo como un hormiguero humano atado a ese pino y vomitando por una boca muerta columnas de obreras que se atarean transportándome migaja a migaja hasta el espantoso estómago que hormiguea sobre sí mismo a tres metros de mí, no me represento esos suplicios, pero todos están en el aullido de terror que lanzo ahora, con los ojos cerrados, la boca inmensa. Es una llamada de socorro que debe cubrir el bosque, y el mundo más allá del bosque, una estridencia en la que mi voz se quiebra en mil agujas, y es todo mi cuerpo el que aúlla en esta voz de muchachito que ha regresado, mis esfínteres aúllan con tanta desmesura como mi boca, me vacío a lo largo de mis piernas, lo siento, mis pantalones se llenan y chorreo, la diarrea se mezcla con la resina, y eso aumenta mi terror, pues el hedor, me digo, el hedor embriagará a las hormigas, atraerá otros animales, y mis pulmones se dispersan en llamadas de auxilio, estoy cubierto de lágrimas, de baba, de mocos, de resina y de mierda. Sin embargo, veo perfectamente que el hormiguero no se preocupa de mí, que sigue trabajando pesadamente en sí mismo, ocupándose de sus innumerables asuntillos, que salvo por esas dos hormigas vagabundas las demás, que sin duda son millones, me ignoran por completo, lo veo, lo percibo, lo comprendo incluso, pero es demasiado tarde, el espanto es más fuerte, lo que se ha apoderado de mí no tiene en cuenta ya, en absoluto, la realidad. Es mi cuerpo entero el que expresa el

terror de ser devorado vivo, terror concebido solo por mi espíritu, sin la complicidad de las hormigas, sé confusamente todo eso, claro, y más tarde, cuando el abate Chapelier —se llamaba Chapelier— me pregunte si creía de veras que las hormigas iban a devorarme, responderé que no, y cuando me pida que reconozca que estuve fingiendo, responderé sí, y cuando me pregunte si me divirtió aterrorizar con mis aullidos a los paseantes que por fin me desataron, responderé no lo sé, ¿y no te avergüenza que te hayan traído cagado como un bebé ante tus compañeros?, responderé sí, preguntas todas ellas que me hace mientras me limpia a chorro, sacando a chorro lo más grueso, sin ni siquiera quitarme la ropa, que es un uniforme, te lo recuerdo, el uniforme de los *scouts*, te lo recuerdo, ¿y te has preguntado acaso lo que iba a pensar de los *scouts* esa pareja de paseantes? No, perdón, no, no he pensado en eso. Pero dime la verdad: a fin de cuentas esta comedia te ha gustado, ¿no? No mientas, no me digas que no te ha gustado. ¿Te ha gustado, verdad? Y no creo tener que responder a esta pregunta, pues no había entrado todavía en este diario que durante toda la vida que seguiría se propuso distinguir el cuerpo del espíritu, proteger en adelante mi cuerpo contra los asaltos de mi imaginación, y mi imaginación contra las intempestivas manifestaciones de mi cuerpo. ¿Y qué va a decir tu madre? ¿Has pensado en qué va a decir tu madre? No, no, no he pensado en mamá y cuando me hacía esta pregunta me dije incluso que la única persona a la que no había llamado mientras gritaba era mamá, mamá era la única a la que yo no había llamado.

Fui expulsado. Mamá vino a buscarme. Al día siguiente iniciaba este diario escribiendo: No volveré a tener miedo, no volveré a tener miedo, no volveré a tener miedo jamás.

2. 12-14 años (1936-1938)

Puesto que hay que parecerse a eso, a eso me pareceré.

12 años, 11 meses, 18 días

Lunes, 28 de septiembre de 1936

No volveré a tener miedo, no volveré a tener miedo, no volveré a tener miedo jamás.

12 años, 11 meses, 19 días

Martes, 29 de septiembre de 1936

La lista de mis miedos:

—Miedo a mamá.

—Miedo a los espejos.

—Miedo a mis compañeros. Sobre todo de Fermantin.

—Miedo a los insectos. Sobre todo de las hormigas.

—Miedo a que me duela.

—Miedo a ensuciarme si tengo miedo.

Es idiota hacer una lista de mis miedos, le tengo miedo a todo. De todos modos, el miedo sorprende siempre. No lo esperas y, dos minutos más tarde, te vuelve loco. Eso es lo que me sucedió en el bosque. ¿Acaso podía esperar tener miedo de dos hormigas? ¡Casi a los trece años! Y antes de las hormigas, cuando los otros me atacaron, me arrojé al suelo sin defenderme. Dejé que me arrebataran la vida y

me ataran al árbol como si estuviera muerto. Estaba *muerto de miedo*, ¡real mente muerto!

La lista de mis resoluciones:

—¿Te da miedo mamá? Haz como si no existiese.

—¿Te dan miedo tus compañeros? Habla con Fermantin.

—¿Te dan miedo los espejos? Mírate al espejo.

—¿Te da miedo que te duela? Tu miedo es lo que más te duele.

—¿Te da miedo cagarte? Tu miedo es más asqueroso que la mierda.

Hay algo más idiota que hacer la lista de mis miedos: hacer la lista de mis resoluciones. Nunca las cumplo.

12 años, 11 meses, 24 días

Domingo, 4 de octubre de 1936

Desde que me expulsaron, mamá está siempre enfadada. Esta noche, me ha sacado de la bañera sin esperar a que me enjabonara. Me ha obligado a mirarme en el espejo del cuarto de baño. Yo ni siquiera me había secado. Me sujetaba de los hombros como si yo intentara huir. Sus dedos me hacían daño. No dejaba de repetir mírate, ¡pero mírate! He apretado los puños y he cerrado los ojos. Ella gritaba. ¡Abre los ojos! ¡Mírate! ¡Pero mírate! Tenía frío. Apretaba las mandíbulas para que mis dientes no castañetearan. Todo mi cuerpo temblaba. ¡No saldremos de aquí hasta que te hayas mirado! ¡Mírate! Pero no he abierto los ojos. ¿No quieres abrir los ojos? ¿No quieres mirarte? ¿Sigues con la misma comedia? ¡Muy bien! ¿Prefieres que te diga qué aspecto tienes? ¿Qué aspecto tiene el muchacho que estoy viendo? A tu entender, ¿qué aspecto tiene? ¿Qué aspecto tiene? ¿Quieres que te lo diga? ¡Tienes aspecto de

nada! ¡Tienes aspecto de *absolutamente nada!* (Copio exactamente *todo* lo que me ha dicho). Ha salido dando un portazo. Cuando he abierto los ojos, el espejo estaba empañado.

12 años, 11 meses, 25 días

Lunes, 5 de octubre de 1936

Si hubiese asistido a la crisis de mamá, papá me habría dicho al oído: Un muchacho que tiene aspecto de absolutamente nada, caramba, ¡eso es muy *interesante!* A fin de cuentas, ¿qué aspecto debe tener un muchacho que tiene aspecto de *absolutamente nada?* ¿Como el del desollado del Larousse? Cuando papá insistía en una palabra, habría-se dicho que la pronunciaba en cursiva. Luego, callaba para darme tiempo a pensar. Pienso en el desollado del Larousse porque hemos estudiado mucha anatomía papá y yo con ese desollado. Sé cómo está hecho un hombre. Sé dónde se encuentra la arteria esplénica, conozco cada hueso, cada nervio, cada músculo por sus nombres.

13 años, aniversario

Sábado, 10 de octubre de 1936

Mamá le ha hecho de nuevo a Dodo la jugarreta del pañuelo limpio. Claro está, ha esperado al almuerzo y que todo el mundo hubiese llegado. Dodo pasaba los zakuskis. Ella le ha pedido que «tuviera la bondad» de dejar los platos y lo ha atraído suavemente, como para mimarlo. En vez de hacerlo, ha sacado el pañuelo. Se lo ha pasado por detrás de las orejas, por el pliegue y los codos de las rodillas. Dodo se mantenía muy rígido. Naturalmente, el pañuelo (¡que mamá ha enseñado a la concurrencia!) estaba menos blanco. Tampoco las uñas estaban como debían. Cuando se es un muchachito tan sucio no se juega a la mujercita de la casa. ¡Vaya a quitarse la mugre, jovenzuelo! A Violette, señalando a Dodo, le ha dicho: Y usted ojo avizor, ¿quiere? ¡Sobre todo no se olvide del ombligo! Les doy diez minu-